

Y volvían á sentarse, liados en sus mantas, con la carabina terciada sobre las piernas.

Nada tan fantástico como aquellas figuras, medio ocultas por las tinieblas, medio dibujadas por el astro de la noche...—A veces se las confundía con una peña ó con la sombra de un árbol; otras veces, los árboles y las peñas tomaban á nuestros ojos la forma de emboscados vigilantes.

De cualquier modo, creo que es cosa de dormirse, y venga lo que viniere.

VIII

Moros y Cristianos.

Día 15 de Diciembre.

Los Moros no se han hecho esperar. Veinticuatro horas hace que acampamos en estas posiciones, y ya nos han visitado en són de guerra.—El TERCER CUERPO ha recibido el bautismo de sangre: el Ejército español registra una nueva fecha de gloria: ; Dios ha oído los votos de aquellos soldados que ardían de impaciencia dentro de los muros de Málaga, al ver comenzada la Guerra sin que ellos tomasen parte en sus triunfos y en sus peligros!—Sí: hoy han tenido el placer de batirse al lado de las insignes y venturosas tropas que inauguraron esta campaña, y, como ellas, han hecho huir espantados á los audaces Marroquíes, que con tanto aparato y en tal número habían atacado á las nuevas huestes españolas.

Oíd ahora la relación de lo sucedido, hecha por un profano en la ciencia militar, que hasta hoy no había presenciado una acción de guerra.

Pasó sin novedad nuestra primera noche de campaña, y á eso de las seis de la mañana oyóse

á lo lejos la *diana* del Cuartel General de O'Donnell. Repitieronla todos los Cuerpos de Ejército, acompañándola de los vivas y aplausos de costumbre, y todos sacamos la cabeza fuera de nuestra tienda.

Aun hacía luna, pero una franja de oro extendida por la lontananza del mar indicaba la proximidad del sol.—Reaviváronse las hogueras del *Campamento*; los soldados empezaron á preparar su café, y las *grandes guardias* comenzaron á hacer las *descubiertas*.

Esta operación es otra de las más solemnes de un Ejército en campaña, y tiene por objeto averiguar si durante la obscuridad de la noche se ha emboscado el enemigo cerca de las trincheras. Hácese, pues, luego que ha amanecido completamente, y con las más minuciosas precauciones... Después se colocan centinelas en los puntos avanzados, y se retiran á sus tiendas los *escuchas*; ó, lo que es igual, la vigilancia de la vista sustituye á la del oído.

Todo esto se llevó hoy á cabo sin novedad; pero á cosa de las ocho, y precisamente en el momento que se daba orden á los Cuerpos de formar *con vista* al Campamento del general O'Donnell, donde se celebraba una Misa de *requiem* en sufragio de los muertos en esta campaña, recibióse aviso de que por la parte de *Tetuán* se presentaban fuerzas enemigas...

Un movimiento de júbilo y curiosidad circuló por todo nuestro campo, y el general Ros subió á la trinchera rápidamente, seguido de su Estado Mayor y Cuartel General, dictando al paso disposiciones preventivas.

¡Mas, para el TERCER CUERPO, lo primero era *verlos!*...—Pronto los vimos.—Allá, sobre la cumbre de una montaña, que distaría un cuarto de legua de nosotros, percibiáse, efectivamente, destacada en silueta sobre el cielo, una línea de

extrañas figuras, á pie y á caballo, todas vestidas con largas ropas blanquecinas y formando una procesión clásica y severa, que parecía copiada de una escena de teatro. — Nada faltaba para completar la ilusión: ni el brillo de sus largas armas; ni la bandera amarilla, llevada á la grupa por algún jinete; ni los ondulantes albornoces; ni el gallardo andar de los caballos; que así corrían entre peñas y matorrales como si pisasen arena del desierto...

¿Quiénes eran? ¿Cuántos venían? ¿Cómo se llamaban sus jefes?—Todos lo ignorábamos...—; Y ésta es la causa del prestigio que ejercen sobre nuestra imaginación!

En las demás guerras, se sabe el número y calidad del enemigo; se conocen sus recursos, su procedencia y sus intenciones; se tiene idea del camino que ha traído y del lugar en que dejó su Campo... Pero, al ver aparecer á los Moros, no se sabe sino que están allí; que lo mismo pueden ser un millón de hombres que una guerrilla de ciento; que la tierra que pisamos los cría, y que nuestra presencia los levanta de sus madrigueras; que vienen contra nosotros, como vinieron ayer y como vendrán mañana, sin que tantas derrotas consecutivas los desalienten, ni tan enormes pérdidas los aminoren, ni nuestra superioridad los intimide, ni nuestro valor los acobarde.

Tales pensamientos me inspiraron á primera vista aquellas gentes, que nos revelaban su existencia con su hostilidad. Su número se aumentaba entretanto de una manera prodigiosa. Cada mata, cada piedra vomitaba uno de aquellos seres fantásticos; los bosques se cuajaban de ellos; descogábanse de las cordilleras, cual copos de lana; surgían como niebla del fondo de los valles; erizaban materialmente la línea del horizonte...—En seguida desaparecieron á nuestros ojos, corriéndose sin duda por ocultos barrancos,

En efecto: media hora después, una de aquellas extrañas figuras asomó la mitad del cuerpo por detrás de unas piedras situadas á quinientos pasos de nuestra trinchera; extendió hacia nosotros su larga espingarda..., y, antes de que apareciese el humo de su disparo, dos ó tres detonaciones habían resonado ya en una de nuestras avanzadas, donde se hallaba la 3.^a Compañía de *Cazadores de Segorbe*.—Un nutrido fuego partió entonces de la línea enemiga, y ya no se vieron más que dos largas bandas de humo, marcando la posición de cada fuerza contendiente...

Y he aquí todo lo que un pintor de batallas puede trasladar al lienzo en este linaje de acciones: un croquis topográfico y más ó menos humareda.—Añadid los silbidos de las balas, ásperos y breves como un *siseo* cuando el proyectil va caliente; largos y quejumbrosos cuando va frío; figuraos los alaridos de los Moros, que gritan de una manera bufona, inocente, infantil; imaginaos, finalmente, alguna que otra sombra humana moviéndose ó cayendo entre aquella nube engendrada por la pólvora, y tendréis completa idea de los combates á fuego graneado, que son los que hasta ahora abundan más en esta Guerra.—En otra ocasión, si llego á verme sumido en el bátraco de furor y agonía que suelen velar esos remolinos de humo, os escribiré sus interioridades.

Los Moros fueron rechazados por la mencionada Compañía de *Segorbe* (que tenía orden expresa de permanecer á la defensiva), y entonces, desesperanzados de atraernos á los bosques y cañadas, donde prefieren combatir por serles más ventajoso, creyeron conveniente correrse á la derecha, á ver si eran más afortunados con nuestros compañeros del PRIMER CUERPO.

Pero salióles mal la cuenta: el *Reducto Príncipe Alfonso* empezó á cañonearlos vivamente,

luego que los tuvo á tiro, y el intrépido general Gasset, famoso ya en esta Guerra, y el general García, que es tan bravo en la lid como prudente en el consejo, los rechazaron valerosamente, expulsándolos del bosque en que se parapetaban.—Un Batallón del *Rey*, el de *Simancas* y el primero de *Granada*, con su bizarro coronel á la cabeza, bastaron para alcanzar tan señalado triunfo contra los miles de Moros allí emboscados.

Volvieron, pues, éstos nuevamente á intentar caer sobre la derecha del TERCER CUERPO; ; pero como en aquel intervalo el general O'Donnell nos hubiese enviado una Compañía de *Artillería de Montaña*, aquí principia la parte divertida de la acción de hoy!

Ros de Olano dejó acercarse á los Moros cuanto quisieron, sin inquietarse de sus alaridos ni de las banderas que tremolaban ante nuestros ojos; pero luego que los vió á distancia y apiñados como manada de ovejas, mandó hacer fuego á la Artillería,—que por más señas era rayada...

La puntería no dejó nada que desear; los proyectiles cayeron precisamente sobre la Caballería agarena; y si grande fué el desorden y la dispersión que introdujeron en sus filas, mayor fué el alboroto que movieron en nuestro campo, donde los soldados, no pudiendo contener su rencorosa alegría, estallaron en vítores y palmas.—Siguieron los disparos: los Moros huían en todas direcciones, sin lograr sustraerse al alcance de nuestras piezas; los infantes, con los jaiques recogidos, como damas que andan sobre lodo, corrían por los cerros con la ligereza de liebres perseguidas; los jinetes, tendidos sobre el cuello de sus caballos, desaparecían en la espesura de los bosques; alguno que otro, sin reparar en que no nos encontrábamos á tiro, asomaba por una ladera, revolvía el corcel con las rodi-

llas, disparaba su espingarda, y se marchaba á todo escape por donde había venido; y tampoco faltaba quien se encarase con nosotros, desplegara y sacudiera su blanca vestidura, como si quisiera volar, y gritara con una voz muy semejante al maullido del gato: “¡Perros! ¡Perros!”

Lo repito: fué aquél un rato de verdadera fiesta; el soldado se divirtió honestamente, y yo... ; yo no hacía más que pugnar por imaginarme lo que pensarían y hablarían de nosotros aquellos infortunados circuncisos!...

En tal situación, Ros de Olano recibió orden del general O'Donnell de hacer avanzar algunas fuerzas por su frente, á fin de envolver la derecha enemiga.—Salieron al efecto los Batallones de *Baza*, *Ciudad-Rodrigo*, *Segorbe* y uno del *Infante*, mandados por el bravo brigadier Cervino; pero los Moros huyeron precipitadamente, no sin batirse algunos en retirada con dos ó tres de nuestras guerrillas... Como yo iba con mi Batallón en este ataque, he tenido ocasión de examinar de cerca aquel cadáver sin cabeza que vi hace dos días desde el *Reducto Príncipe Alfonso*.—Era, en efecto, un español. Sus blancas y delgadas piernas revelaban á uno de esos gallardos cazadores, igualmente admirables en la revista que en la pelea... Al verlo allí, tan perdido y abandonado, sin nombre ni historia, sin que palabras de consuelo hubiesen endulzado su agonía, ni nadie después lo reconociese y lo llorase, pensé en que aquel infortunado tendría en alguna parte una familia ó, cuando menos, amigos que lo despedirían al partir para la Guerra, un corazón que latiría por él, una cuna que lo recordara, una página de un libro bautismal... ;y que, sin embargo, nunca se sabría cómo, ni dónde, ni cuándo había terminado su vida!...—; Ah! Por lo menos, su mutilado cadáver dormiría ya en el seno de la madre tierra, y

su alma cristiana, al desaparecer del mundo, ha obtenido la santa bendición que recibió al venir á él.—¡Descanse en paz el mártir de la Patria!

Cuando regresamos á nuestro *Campamento*, los ecos triunfales de la Marcha Real resonaron en nuestros oídos.—Era O'Donnell, que llegaba seguido de su Estado Mayor, Cuartel General y brillante escolta, cuyos lujosos uniformes y bruñidas armas resplandecían á la luz del sol, próximo á ocultarse...

El Conde de Lucena había asistido personalmente al combate del PRIMER CUERPO, y, como observase que el enemigo se corría hacia nuestro lado, acudía á presenciar allí otra victoria.

Desde luego comprendió que el brigadier Cervino la había conseguido ya con creces, y le mandó retirar sus guerrillas, dando así por terminada la acción de hoy.—Permaneció después algunos instantes viendo cómo se alejaban los Moros, hasta que, repentinamente y con muy expresivo ademán, volvió el caballo hacia el *Campamento del Otero*, adonde se encaminó sin hablar palabra.

En cuanto á los Africanos, pronto se perdieron en las sombras de la noche.—¡Allá iban, liados en sus jaiques, subiendo la montaña en larga procesión, sin mover los brazos para andar, caminando (según la expresión de nuestro grande artista Vallejo) *con paso bíblico*, y volviéndose de vez en cuanto, quizá para maldecirnos, tal vez para jurarnos una pronta vuelta!

IX

Día de huelga.—El *Campamento* por dentro.

16 de Diciembre.

El día de hoy ha sido de completa paz; y como la paz es protectora del trabajo, nuestros soldados se han entretenido desde esta mañana en

concluir los caminos interiores del *Campamento*, en acondicionar mejor sus viviendas, en lavar ropa, en cazar conejos y liebres y en perseguir zorras por entre los matorrales. También se ha cosido, se ha planchado (á nuestra manera), se han limpiado las armas, se ha hecho gran provisión de leña, ha salido á relucir el *negligé* de cada uno, se nos han presentado expendedores de vino, de tabaco y de otros artículos preciosos, y, lo que es más importante que nada, se ha descubierto que esta selvática soledad no es por completo improductiva.

Primeramente, tenemos el susodicho ramo de liebres y conejos, con más algunas perdices, algo distintas de las de Europa, y dos ó tres perros, agregados al Cuartel General, que se encargan de levantarlas. Tenemos también exquisita pesca en la vecina mar, y mariscos en las colindantes rocas. Tenemos heno para los caballos y para nuestras camas, y jazmines silvestres muy olorosos para el ojal de la levita... Hemos encontrado, además, un prado sembrado de cebollas y otro de maíz, todo ello á muy poca distancia... ¡De las cebollas dicen los soldados que están *en buen uso*, y del maíz ya sólo quedan las cañas!

Hay, en fin, aquí muchos alacranes y demasiadas moscas para la estación en que nos hallamos. Y á propósito: disfrutamos, á la sombra, de una temperatura inmejorable (12 grados Reaumur), y hasta hoy son muy contadas las bajas que experimentamos por enfermedad, aunque lo húmedo del terreno nos hace presentir que el cólera, reinante en los otros campamentos, no tardará mucho en visitarnos.

Los soldados toman esta vida por el lado alegre, alejando, cuanto les es posible, su imaginación de toda idea lúgubre y dolorosa...—Verdad que otras veces, al referirse á su existencia pasada, todos lo hacen con aquel acento de supremo

juicio que se emplea en la redacción de los testamentos, cual si ya mirasen el mundo á gran distancia, y hablan de los afectos y de las pasiones con la severa frialdad característica de los ascetas ó de los ancianos... Pero todo ello es muy natural: la inminencia de la muerte, el constante peligro que se arrostra, el abandono y soledad en que cada uno se encuentra, hacen que la vida se reconcentre en el propio corazón, apartándose de todos los objetos exteriores. ¡El náufrago que lucha con las olas no se acuerda de los tesoros que ha perdido hasta que toca la orilla con sus manos!

Conque prescindamos también nosotros de estas consideraciones, que hoy es día de paz y de contento.—Y digo de *contento*, porque la vida de campaña ofrece verdaderos atractivos, aun prescindiendo de su novedad y de su poesía.

En el *Campamento* no hay mujeres, y esto, que á primera vista parece, y lo es en cierto modo, su mayor contrariedad, constituye también su especial encanto y la esencia de sus peculiares goces.—Desde luego, nótase entre los hombres más concordia, más buena fe, más confianza: son, como quien dice, unos... Adanes libres de Evas y de serpientes tentadoras. El amor propio no se halla excitado á cada momento, como acontece en el mundo, por los fallos y sentencias de la mujer, juez inapelable, y casi siempre injusto, del torneo de la sociedad.

Las verdaderas prendas del individuo, su bondad ó su talento, su valor ó su honradez, se sobrepone á otras cualidades secundarias muy estimadas en el mundo: á la elegancia, por ejemplo; á la hermosura; á la celebridad; al dinero. Como no hay que agradar á ninguna hembra, nadie se cuida de su adorno personal, de su rostro ni de sus movimientos. El hombre es más hombre, en fin, y, por consiguiente, más verdad.

Sin embargo, no seré yo quien se conforme con la supresión del bello sexo. Mucha, muchísima, quizá demasiada tranquilidad nos proporciona su ausencia; pero, ¡ay!, en cambio, ¡de qué suaves inquietudes nos priva!—La sociedad de hombres solos es árida, seca, ruda, descortés. La mujer pule, suaviza, redondea las asperezas del trato. Ella es el primoroso engaste de los afectos, el blanco pasto del alma. Sin ella, nuestra voluntad, nuestra actividad, nuestros esfuerzos no van más allá de lo útil, de lo necesario, de lo cómodo, de lo real y tangible. Su mágica influencia es la que nos abre horizontes ideales, la que nos revela un mundo superior.—Porque esta es la verdad: nuestro espíritu se encuentra aquí completamente ocioso; nuestras más nobles facultades duermen sin empleo; nuestros cuidados son puramente materiales; nuestros sentimientos pudieran llamarse instintos.—¡La mujer es la belleza, es el pudor, es el arte, y donde ella falta, todo es *naturalidad*; quiero decir, todo es desaliño, todo es desnudez, todo es abandono!—Aquí somos más libres, porque somos más salvajes; aquí estamos más tranquilos, porque existimos menos; aquí se revela más nuestra naturaleza, porque somos menos artistas.—La mujer, por consiguiente, es la inspiradora del Arte y el alma de la sociedad.

Dicho esto, sólo me resta entreabrir los lienzos de *mi tienda* é invitaros á pasar conmigo dos horas de velada, á fin de que acabéis de conocer todos los secretos de bastidores que son anejos al gran espectáculo de la guerra.

Empiezo por confesar, no sin cierto rubor, que la tienda en que os introduzco, aunque habitada por dos soldados rasos, Rombado y yo, ostenta más comodidades que las de nuestros oficiales y jefes. Prefiero revelaros esta debilidad á mentir unos méritos que no me he atrevido á contraer.

Los trabajos y privaciones del simple soldado son superiores á mi viciada naturaleza, y ¡gracias que pueda sufrir lo que aquí se entiende por regalo!

Supongo que apenas tendréis idea muy vaga de lo que es una *tienda*: yo, por lo menos, cuando salí de Madrid, sólo las había visto pintadas.—Una tienda es una especie de paraguas sin puño, cuyo bastón descansa (pero no se clava) en el suelo, mientras que toda la circunferencia de la tela está sujeta á la tierra por medio de cuerdas y de estacas. El palo de las de modelo español, ó sea de la que describo, forma por arriba una especie de T, y su base traza sobre el suelo una elipse no muy prolongada. El espacio comprendido en esta especie de enagua medirá, por la parte más extensa, unos seis pasos; pero de ellos sólo pueden andarse tres sin inclinar la cabeza, ni más ni menos que acontece en las buhardillas. La elevación del techo por en medio de la tienda no llegará á tres varas, y desde esta altura va menguando hasta llegar á cero. La tela es casi igual al velamen de los barcos, de cáñamo muy tupido; que se moja, pero no deja paso al agua; y, en cuanto al viento, para mayor garantía contra él, arrancan desde lo alto del edificio cuatro largas cuerdas, que van á fijarse en el suelo, cada una en dirección de un punto cardinal. Estas cuerdas toman el nombre del enemigo que combaten: se llaman *vientos*.—La entrada de semejante choza se cierra poco más ó menos como el corsé de una dama, ó sea por medio de cordones y ojetes, y para los días de calor, tiene además el lienzo algún postigo, que recuerda... los pantalones de nuestros antepasados.

El ajuar de esta tienda (que repito es de lujo) consiste en tres banquillos de tijera, por el estilo de los que llevan á misa algunas señoras; en una mesa, también de tijera, cuya tabla se quita y se

dobla, y en dos camas de hierro y lona, que se abren y se cierran como las cartas.—A esto se reduce lo permanente; pero ahora entran los arreglos ó invenciones.

Una botella que ayer tuvo vino, sirve hoy de candelero. Un hoyo, abierto en medio de la alfombra (la alfombra es de verde hierba), hace las veces de chimenea y encierra algunas brasas... que nos envían de la cocina (ya hablaré de la cocina). El palo de la tienda es percha y armería: de él penden anteojos, estuches, espadas, revólvers, carteras, impermeables... Un caballete, improvisado con tres ramas de enebro, sostiene los arreos de los caballos, menos los maletines de grupa, que hacen oficio de almohadas. Algunas latas que contuvieron conservas suplen por los jarros que no tenemos, y cada uno de nosotros lleva en el bolsillo su cuchara y hasta su tenedor y navajilla, á fin de no encontrarse nunca desprevenido. ¡La verdad ante todo: poseemos también una aljofaina de metal, que no venderíamos por todo el oro del mundo, y una máquina para hacer café, que no descansa en todo el día!

En cuanto á la *cocina*, excuso decir que se halla á nuestra puerta, y que consiste en una gran fogata, donde siempre arde medio alcorneque.—Allí andan por el suelo cuatro ó seis platos y tazas de cinc, que sirven para el té, para el café, para el agua, para el vino, para la sopa, para las entradas y para los postres. Un cántaro con agua, un tonel con vino, algunas botellas sueltas y un par de capachos llenos de víveres completan nuestro precioso haber...

La verdadera *cuadra* de nuestros caballos la forman el *pienso* y la *querencia*. Las de los dos burros encargados de transportar esta casa, se extiende á todo el *Valle del Tarajar*, donde no les falta hierba en que pacer.

Por último, tenemos un criado malagueño, que

se llama Soriano, y que guisa, según que Dios le da á entender, nuestras *raciones* de soldados y las provisiones que, á peso de oro, podemos agenciar, hoy que todavía nos comunicamos con *Ceuta*.

Nuestra postura favorita es la horizontal. Tendidos en la cama, ya sea boca arriba, ya boca abajo, se lee, se escribe, se dibuja, se contempla el mar, el campamento, el camino de Tetuán y el camino de España.—¡Mirado desde aquí, el Mediterráneo se nos presenta en toda su longitud, ó sea de Poniente á Levante; lo cual quiere decir que la lontananza imaginaria de nuestro horizonte es la Tierra Santa, la cuna del Cristianismo, el teatro de las Guerras de las Cruzadas!

.....
 Conque hablemos ya de cosas más importantes.

Hoy ha desembarcado en *Ceuta* mucha *artillería nuestra* (así acaban de decírnoslo los asistentes que han estado allá).—El SEGUNDO CUERPO se ha ocupado en talar arbolado, para que los Moros tengan menos guaridas desde donde asesinarnos alevosamente. El CUERPO DE RESERVA, al mando de Prim, ha protegido los trabajos del *Camino de Tetuán*.—El PRIMER CUERPO ha estado á la vista de la construcción de un nuevo *Reducto*, llamado del *Cardenal Cisneros*.—Y nosotros hemos pasado en huelga todo el día, viendo cruzar barcos españoles, que andan reconociendo esta costa, por donde ha de marchar el Ejército de que hoy somos vanguardia. Dichos barcos nos surtirán de víveres y municiones, y recogerán nuestros heridos y enfermos el día que nos incomuniemos con *Ceuta*... Su vista, pues, nos ha regocijado como si viésemos que la madre Patria se nos acercaba...

Pero dejemos esto.—Ahora es de noche; ahora no se ve desde la cama sino el sudario de lona que nos envuelve, ocultándonos todos los horizontes de la vida...

Por eso, al sonar el toque de *retreta*, se tapa uno la cabeza con la manta; apaga la luz, y, con espuelas y todo, da media vuelta y se queda dormido,—no sin recordar antes hacia qué lado está la empuñadura de la espada, por si hay *alarma* á media noche.

Finalmente: ¡el que no se duerme pronto suele pensar en varias cosas, cuyo valor sólo conoce en aquel momento; v. gr., en el placer de desnudarse, en el de dormir entre sábanas, en el de meterse en un baño, y en otros muchos placeres que no agradeció á Dios ni al diablo cuando se los brindaba con mano pródiga!

X

Alarma.—Otra acción.—Carga á la bayoneta.
 La vuelta al Campamento.

17 de Diciembre, por la mañana.

Anoche, á poco de dormirme, me despertaron algunos tiros. Salté de la cama, y partí en busca del general Ros.

Terrible agitación reinaba en el *Campamento*. Los soldados salían de debajo de sus tiendas arrastrándose silenciosamente. Los oficiales corrían en todas direcciones, encargando que no se disparara ni un solo tiro, á fin de que nuestros soldados no se fusilasen unos á otros.—La obscuridad era densísima.

—¿Qué sucede?—pregunté al primero que pasó cerca de mí.

—¡Ya no es nada!—respondió.—Los Moros han intentado sorprender nuestro campo por dos partes á un mismo tiempo: por el nacimiento del agua y por el mar; pero nuestros *escuchas* les han hecho fuego, y los muy perros han huído...

Un cuarto de hora después salió la Luna.

Practicóse un escrupuloso reconocimiento en nuestras *avanzadas*: no se encontró á nadie, y todas las tropas que no estaban de servicio volvieron á sus tiendas.

Yo me acosté también, y volví á mi interrumpido sueño, confiado en la vigilancia de los que estaban de trinchera y en el benéfico fulgor del astro de la noche.

.....
 Ahora, que son las nueve de la mañana, acaba de saberse que el general Prim va á ser atacado de un momento á otro por los Marroquíes, á quienes ha visto dirigirse contra los Batallones de *Reserva*.

El general Ros de Olano recibe orden de proteger á Prim, y, en su virtud, dispone que algunos Batallones, al mando del general Turón, vayan á establecerse por escalones en las montañas de la izquierda. Por otra parte, los vapores de nuestra escuadra, que siguen todas las operaciones del Ejército en cuanto el fondo del mar se lo consiente, empiezan ya á disparar algunos cañonazos hacia la llanura de Castillejos.

Decididamente, los Moros tienen nuevas municiones que gastar.

A las ocho de la noche.

La acción de hoy se ha parecido mucho á la de anteayer, como probablemente se parecerá á la de mañana.

El combate, que termina ahora mismo, comenzó en el terreno ocupado por el general Prim, y vino á formalizarse contra el TERCER CUERPO.—Porque es el caso que la construcción del camino de *Tetuán* sigue á cargo del Conde de Reus, quien no sólo la protege con sus Batallones, sino que á veces la dirige personalmente, dando órdenes inmediatas á los Ingenieros.—El acierto y la energía con que hace ambas cosas han dado lu-

gar (y esto me lo ha contado hoy el mismo Prim con graciosa ufanía) á que el general O'Donnell lo proclame el *primer peón caminero de España*.

Pues bien: esta tarde, á las tres, los Moros, persistiendo en su empeño de estorbar los trabajos de dicho camino (que por cierto adelantan rápidamente), atacaron por el centro y la derecha al Conde de Reus; pero éste los rechazó sin gran dificultad, pudiendo retirarse tranquilamente á su *Campamento*, luego que dió de mano á sus trabajos.

Los Moros habían cambiado entretanto el movimiento y atacado rudamente á nuestras fuerzas, que, según ya dije, habían avanzado á proteger al general Prim.—El aguerrido y austero general Turón recibió al enemigo con cuatro Batallones, el de *Zamora*, el de *Buza*, el de *Ciudad-Rodrigo* y el segundo de *Albuera*, los cuales bastaron para tenerlos á raya hasta muy entrada la noche, que volvieron á nuestro *Campamento*.

En cuanto á mí, juzgo de bastante interés relatar algunos pormenores de cosas que he visto esta tarde con mis propios ojos en uno y otro Cuerpo de Ejército; pues advierto que hoy me he aventurado á ir de un lado á otro, sin más dirección ni garantía que mi instinto, lo cual me ha costado cariñosos regaños de mis superiores...

En los comienzos de la acción, el estruendo lejano de la fusilería me hizo comprender que el fuego era hacia la orilla del mar; y recordando los avisos de por la mañana, tomé resueltamente la dirección de la costa en busca del camino de *Tetuán*.

Mucho terreno anduve sin encontrarme á nadie, después que rebasé las *avanzadas* de nuestro Campo; y si la flamante novedad de la carretera no me hubiese convencido de que era la construída por nuestras tropas, y de que la *División* de Prim debía de encontrarse más ade-

lante, indudablemente habría vuelto grupas, temeroso de haberme metido donde nada bueno me pudiera acontecer.

Al cabo de algún tiempo divisé al fin gente en el fondo de un barranco cruzado por un puentecillo de madera recién construído. Eran cuatro soldados nuestros que traían un herido en una camilla y la habían dejado en tierra para descansar.

El herido pertenecía al Regimiento del *Príncipe*; tenía un balazo en una pierna, y refería á sus conductores el comienzo de la acción que se estaba dando.—Por él supe que no iba descaminado, y que á *dos tiros de carabina* de aquel lugar (esta fué su frase), me encontraría en el Cuartel General de Prim.

Nuevos heridos y muchos Ingenieros que volvían de los trabajos me sirvieron después de guía, y al fin llegué á incorporarme á aquellas tropas, precisamente en el instante en que un Batallón del *Príncipe* daba una carga á la bayoneta allá sobre levantada loma.

El Conde de Reus se había apeado y miraba ansiosamente con los anteojos aquella enérgica arremetida.

Dos veces se oyó á lo lejos un ardentísimo *¡viva la Reina!*, y dos veces también vi trepar á nuestros soldados por la empinada ladera hasta que desaparecieron por el otro lado.—Cesó el fuego un momento, en prueba de que huía el enemigo; volvió á resonar más distante, como señal de que se había refugiado en otra altura; y los del *Príncipe* reaparecieron, efectivamente, en la loma que acababan de conquistar, desde donde empezaron otra vez el fuego.

—*¡Camillas! ¡Camillas!*—gritábase entretanto desde aquella altura...

—Este grito sigue siempre á las cargas á la bayoneta! (me dijo un jefe al verme fruncir el

entrecejo). ¡Y se comprende bien (añadió): cargar á la bayoneta es arrostrar el fuego enemigo á boca de jarro, con la cabeza baja, sin más escudo que la buena suerte! ¡Algunos han de caer!... Pero ¿qué importa, si en un minuto se ahorran las pérdidas y el trabajo de una hora de tiroteo?

Las *camillas* partieron, y yo detrás de ellas.—Los que las conducían me enteraron del camino que debía seguir para encontrar las guerrillas del TERCER CUERPO (que no debían de estar distantes, á juzgar por sus disparos); y, en efecto, un poco más allá encontré á un soldado, herido en un brazo, que se retiraba por su pie en busca de un médico.

—¿De dónde eres tú?—le pregunté.

—Del segundo de *Albuera*—me respondió con cierta vanidad.

—Y *¿llevas mucho?*—volví á preguntarle.

(Esta es la fórmula acostumbrada.)

—Poca cosa: un chaspón en este brazo...—me contestó sonriendo.

La mano le chorreaba sangre.

—¿Quieres un pañuelo?—le dije entonces.

—¡Quiá!—exclamó, poniéndose colorado.—Mañana vuelvo *por otra*.

Y se marchó tan satisfecho, como si en vez de una herida llevase en el brazo tres galones.

Siguiendo la dirección que había traído aquel soldado, dí por último con una Compañía que estaba sentada entre unos matorrales, y que por sus capotes celestes conocí ser *Cazadores de Baza*.

El general Turón, el brigadier Cervino y algunos otros jefes se hallaban también allí.

Era aquél un paraje comprometidísimo, pero que no se podía abandonar hasta que se retirasen las guerrillas, so pena de que los Moros se situasen en él y las envolviesen completamente.

Anocheía: las balas silbaban sobre nuestras

cabezas ó se aplastaban en las rocas que había á nuestro alrededor.

Y, sin embargo, aquella Compañía se veía imposibilitada de contestar á este fuego, ya porque no se divisaba el enemigo en ningún lado, ya porque se exponía á fusilar á sus compañeros.

Así se pasó media hora.

Durante ella oímos cerca de nosotros cinco gritos ahogados: los dieron cinco cazadores de los que estaban sentados en torno nuestro, al sentirse heridos por las invisibles balas.

Vuelvo á decirlo: un solo grito se oía por cada uno que recibía un balazo; grito sordo, prudente, de resignación, paciencia y heroísmo. Sus compañeros levantaban silenciosamente al infortunado y se lo llevaban al *Campamento*, sin que ni el General, ni el compañero, ni el camarada se diesen por entendidos del caso.—Y, sin embargo, todos lo sabían y lo deploraban.

Súpose, al fin, que podíamos retirarnos, por haberlo hecho ya nuestras guerrillas; y si mucho admiré la actitud de aquellos soldados, inmóviles bajo una lluvia de plomo, más asombro me causó ver el orden con que emprendieron su retirada, en medio de las tinieblas, por un terreno intransitable.

Lector: ¿has entrado en tu pueblo natal después de muchos años de ausencia? ¿Has encontrado posada, lumbre y humanos seres, después de haber perdido el camino y de haberte hallado desamparado y solo, en medio de la noche, luchando con la nieve ó con la tormenta? ¿Has visto á tu madre abandonar el lecho después de una larga enfermedad?

Pues una cosa semejante á la que sentiste en aquellas circunstancias experimentarías al ganar de noche la trinchera de tu Campamento después de un día de tribulación y combate... ¿Sólo entonces comprendes que aquél es tu pue-

blo, que aquélla es tu casa! Allí estás ya seguro...
 ;Sólo en aquel momento conoces los riesgos que has corrido y te regocijas de tu buena suerte!...
 Sólo entonces sientes hambre si no has comido en todo el día, y sueño si no has dormido en dos noches, y cansancio si has fatigado valles y cerros con tu intranquila planta.

¿Y qué te diré del resoplido de alborozo que da tu caballo, el compañero fiel de tus peligros, al reconocer los lugares en que su instinto maravilloso le tiene ya enseñado que no corre riesgo alguno?

¿Qué te diré del placer con que vas encontrando sano y salvo á uno y otro amigo, de los que sabes que han estado expuestos á perecer, y de quienes nadie te daba razón al terminar el combate?

¿Qué te diré, finalmente, de la dolorosa impresión que causa en tu ánimo el ver pasar lista en las Compañías para averiguar sus *bajas*, y oír, en medio de las tinieblas, después de un nombre que ya te es conocido, si no amado, estas desgarradoras palabras:—*Ha muerto. Está herido. No se sabe de él?*

Atiende á esta copla que oí cantar en Málaga á un asistente, pocos días antes de embarcarnos:

Yo no tengo quien me llore,
 Sino la triste campana:
 Si yo me muero esta noche,
 Me entierran por la mañana.

IX

El Diluvio.

18 y 19 de Diciembre.

¡Jesús! ¡Jesús!—Yo creía haber visto llover en los años que llevo sobre la Tierra; pero estaba muy equivocado. En Europa no llueve:

cuando más, llovizna. Una deshecha tempestad de verano, de esas que nos parecen ahí el fin del mundo, es apenas blando rocío en comparación del aguacero que ha caído sobre nosotros.—¡ Bien decía yo el otro día! ; Todo lo perteneciente al Africa tiene un carácter descomunal, atroz, enorme, como su estructura!

¡ Esto no ha sido llover, sino hundirse el cielo! ; Desde anteanoche, cuando dejé la pluma, hasta el momento en que la vuelvo á coger, han pasado treinta y seis horas, durante las cuales las nubes han estado volcando incesantemente sobre estos montes una masa de agua, compacta, unida, ponderosa, como el primer tercio de la Catarata del Niágara; como las inundaciones de Holanda, cuando el mar rompe los diques; como el Diluvio universal!

¿ A qué debemos nuestra salvación?—¡ Yo no lo sé! ; Las tiendas se han caído, y el agua se las ha llevado al fondo del barranco; se han ahogado caballos y mulas; el terreno ha cambiado de fisonomía; un río, ó, por mejor decir, un lago, separa esta mitad de nuestro *Campamento* de la otra mitad; el propio mar parece más repleto, y una larga faja amarilla señala sobre sus cristales el paso del aluvión que ha recibido!

¡ Nada, nada absolutamente hay enjuto en el Ejército! Armas, municiones, vituallas, equipajes, camas, libros, papeles, todo se encuentra hecho una sopa... ; El desastre ha sido general!— ¡ Oh espantosa, oh terrible, oh salvaje Mauritania! ; cómo te defiendes de la invasión española!

La última noche, sobre todo, rayó en lo extraordinario. No ya solamente la lluvia, sino un viento horrible, un huracán rabioso, azotaba á la tremante tierra. El mar unía sus bárbaros rugidos á tan fragoroso concierto; los árboles y las malezas crujían y se tronchaban; rodaban las peñas, abandonando sus asientos seculares; y todo,

en fin, cuanto tiene voz en la Naturaleza se quejaba furioso ante la inclemencia de los elementos.

¡ Y en verdad os digo que, á pesar de todo, esta escena era imponente y magnífica! El corazón parecía medir su violencia con la del vendaval, y gozaba al hallarse enfrente de un aliento tan poderoso como el suyo.—Sólo apenaba el ánimo considerar los desastres y padecimientos que produciría en nuestro Campo una noche tan espantosa; pues, por lo demás, era cosa de agradecer al cielo aquel majestuoso espectáculo, que venía á turbar la monotonía de nuestra existencia... También parecía propicia aquella ocasión para pedirle que aumentase el estrago, desencadenando los truenos y los terremotos, y haciendo más total y devastador el cataclismo.—¿ Acaso no era una tierra enemiga la que bramaba bajo el azote de la tormenta? Los mismos sarracenos, acampados en las montañas próximas, ¿ no sufrirían también el rigor de la catástrofe?—¡ Vinieran, pues, contrariedades y plagas sobre los dos Ejércitos beligerantes, que de fijo no sería el nuestro el que más perdiese en la general tribulación!

Yo, por lo menos, justificaba de este modo el cruel entusiasmo con que presenciaba aquella orgía de los elementos, aquella revolución del mundo.—¡ Oh! ; Qué poder, qué fuerza, qué intensidad de vida revelaba anoche esta Naturaleza salvaje! ; Cómo se comprendían aquellas tremendas convulsiones que abrieron el Estrecho de Gibraltar! ; Y cómo parecía natural y llano que las nubes, después de rendir al Atlas tan copioso tributo, lleguen desprovistas de agua al horizonte de los Desiertos!

Pero dejémonos de poesía (que acaso no merezca á todos entera fe), y creed, bajo mi palabra de honor, que anteanoche estuvo lloviendo

sin un solo instante de tregua; que así amaneció y oscureció el día de ayer, y que así ha pasado la última noche y llegado la mañana de hoy...— ¡Son, pues, treinta y seis horas de aguacero continuo, sin escampar á ratos, como en Europa, sino en progresión ascendente! ¡Son treinta y seis horas de una lluvia recia, tenaz, implacable, cayendo de bajas y negras nubes sobre una tierra que vomita, como si ya estuviese ahogada! ¡Son, finalmente, treinta y seis horas semejantes á las novecientas sesenta que conoció Noé!

Ahora, que son las nueve de la mañana, el nublado comienza á abrirse. El temporal ha resuelto ceder. El viento ha cambiado... La mar duerme profundamente, como descansando de sus malas noches.

¡Oh, desvergüenza! ¡Aquí tenéis al Sol!—Los soldados lo reciben con una soberana silba, que le está muy bien empleada.—Y, en efecto: ¿por qué, en vez de salir hoy, no salió ayer? ¡Así se deja vencer por las nubes todo un Rey de los astros!!!

A la noche.

Hoy se ha empleado todo el día en colocar de nuevo las tiendas; en enjugar al Sol ó al fuego los equipajes; en abrir zanjas y acequias, á fin de desaguar el *Campamento* y prepararlo contra otra inundación, y en descargar y limpiar las armas de fuego, que estaban llenas de agua hasta la boca.

Es de presumir que los Moros habrán tenido que hacer la misma operación: lo cierto es que no hemos visto ni sombra de ellos en todo el día. ¡Quiera Dios que nos dejen dormir esta noche!

También hemos recibido el correo de España de dos días, durante los cuales no ha sido posible pasar el Estrecho...

¡Ah, *Pedro Fernández!* ¡Conque tan buen invierno se prepara en Madrid! ¡Conque ya se abren los salones, y se empieza á bailar, y contáis con la Ristori, y habrá concierto en casa de la Condesa del Montijo!—Ya ves que también aquí se leen tus *Cartas Madrileñas*... ¡Y si supieras qué penosa impresión nos causan! ¡No sé cómo el general Ros de Olano, tan cuidadoso de la alegría de sus tropas, no ha prohibido á *La Epoca* la entrada en el *Campamento!*

XII

Vuelven los Moros.

20 de Diciembre.

La mañana de hoy se presentó fría y nebulosa; los soldados, aburridos después de *tres días sin Moros*, encontrábanse algo macilentos: dispúsose, pues, que la música de cada Cuerpo sacase á relucir los aires nacionales más conocidos de su gente; y así, en los Batallones compuestos de andaluces se tocó el *fandango*, en los Regimientos donde abundaban los aragoneses resonaron bulliciosas *jotas*, en los que tenían muchos gallegos se escuchó la *muñeira*, y así en los demás, hasta producir una discordante sinfonía que ensordeció los ámbitos del valle...

Los soldados cayeron en el lazo: cada uno empezó á entonar su canto favorito; envióse al diablo el mal humor, y el *Campamento* adquirió de nuevo su animación acostumbrada.

Para que la alegría fuese completa, súpose á cosa de las diez que el enemigo daba señales de vida. Algunos cañonazos empezaron á resonar hacia los *Reductos Francisco de Asís é Isabel II*,

y poco después se empezó un vivo fuego de fusilería.

Los Moros, en número de siete ú ocho mil, habían amagado nuestra derecha y nuestra izquierda, para formalizar el ataque por el centro... Pero el general Gasset y el brigadier Lassaussaye los rechazaron por la derecha con fuerzas del PRIMER CUERPO, especialmente con los *Cazadores de Barbastro*, que dieron una brillante carga á la bayoneta, apoyados por los Batallones de las *Navas*, de *Chiclana* y de *Borbón*... Al mismo tiempo, nuestro Cuerpo de Ejército los castigaba y hacía huir por la izquierda, distinguiéndose en esta operación el general D. Jenaro Quesada y el brigadier Otero, con los Batallones 2.º del *Infante* y 1.º de *San Fernando*... Y en cuanto al ataque del centro, fué rechazado por la Artillería; por los *Cazadores de Mérida*, que estuvieron heroicos; por los *Carabineros de Infantería* de la escolta de O'Donnell, y, últimamente, por una furiosa carga á la bayoneta de los *Cazadores de Simancas*.

Alejáronse, pues, los Marroquíes, como siempre, castigados, pero no arrepentidos, sin haber logrado adelantar una línea de terreno ni hacernos retroceder un solo paso.—¡Y, sin embargo, volverán!

Yo tengo para mí que esos hombres, al venir á hostilizarnos, no traen la esperanza de vencerlos. Ellos deben de saber que son impotentes contra nosotros, y que ni recobrarán por la fuerza el territorio que les arrebatamos, ni estorbarán nuestra marcha, ni quebrantarán nuestra decisión. Nueve combates sucesivos, en que siempre han sido deshechos ó rechazados, bastaban ya para convencerles de esta verdad.—¡Y, con todo, han venido hoy!—Esto me prueba que esa raza fanática combaté por placer ó por devoción: no con ilusiones patrióticas ni con plan de

campaña, sino porque lo creen su necesidad, su obligación ó su destino. Diríase que su Fe les trae á nuestro campo á quemar pólvora en honor á su Dios, como nosotros quemamos incienso en los altares.—Así se explica que vayan pasando ante nuestros ojos tribus y tribus, hambrientas y medio desnudas, independientes de toda autoridad, libres de toda coacción, y que unas tras otras se acerquen á nuestra línea, sin reparar en la naturaleza de nuestras posiciones ni en el alcance de nuestras piezas, y disparen su espingarda, y mueran en seguida sobre el mismo terreno que el día anterior regaron otros con su sangre.

Y si tampoco es esto, ¡digo que esas gentes son más aficionadas á matar que las fieras á sus montañas!

.....
Nuestras bajas en el combate de hoy ascienden á ochenta y seis entre heridos y muertos.

El general Echagüe, curado de la herida que recibió en la acción del 25, ha vuelto á tomar el mando del PRIMER CUERPO.

XIII

El lado feo del asunto.

21 de Diciembre.

De hoy no pasa sin que refiera toda la verdad. La he ocultado hasta aquí en este mi DIARIO por evitar á mi familia horas muy amargas; pero habiendo leído en los periódicos que en España son conocidas nuestras penalidades, voy á describirlas francamente.—¡Ah! ¡Bien lo dijo, bien lo anunció el general O'Donnell en su primera proclama!... ¡La campaña que hemos em-

prendido es la más *ruda y penosa* que haya hecho ejército alguno!

Primeramente, nos encontramos, no sólo en país *extranjero*, sino en país *enemigo*, y, para mayor complicación, en país *deshabitado*. Añadid ahora los rigores del clima, engañosamente apacible, donde los continuos temporales dejan en la atmósfera gérmenes de mil dolencias. Considerad el agua potable encenagada por las lluvias; la constante humedad, que todo lo destruye; la imposibilidad de desnudarse; la consiguiente falta de aseo; la incomodidad de las mejores tiendas; la mala calidad y peor preparación de los alimentos; el tedio que, á pesar de todo, no puede menos de asaltarnos muchas horas del día y de la noche; las fatigas de tan repetidos encuentros con los Moros en un terreno quebrado, intransitable, desconocido; las escenas de sangre, agonía y muerte que presenciamos en la lucha; la soledad de espíritu, la nostalgia, la dudosa perspectiva del porvenir..., y, como si todo esto no fuera nada (¡que nada sería, y con todo ello contábamos al salir de nuestra Patria para la Guerra!), agregad lo que nadie esperaba, lo que ninguno acepta, lo que es verdaderamente horrible, pavoroso, insoporrible:—*¡El cólera!*...—El cólera, agostando en flor tantas vidas; haciendo más víctimas en los días de paz que las balas en los días de fuego; postrando el ánimo del que se metió sonriendo entre una lluvia de encendido plomo; llevándose hoy al entendido jefe, mañana al intrépido soldado; privando de gloria y recompensa al que todo lo abandonó por alcanzarlas; reteniendo la honra española; distrayendo una atención, una fuerza y unos recursos que pudieran emplearse contra el enemigo; exigiendo, en fin, más resignación, valor y entusiasmo de los que fue-

ran menester para alcanzar cien victorias ó sufrir mil reveses de la fortuna!

¡Es horrible! ¡Es horrible!—¡Hay que verlo para imaginarlo!—¡Hay que observar todas las mañanas las hileras de camillas que salen del *Campamento*; hay que recorrer uno y otro hospital atestado de lívidas cabezas, marchitadas por la peste; hay que mirar cómo se reducen poco á poco las Compañías, cómo clarean los Regimientos, cómo desaparece el amigo, cómo falta de su lugar el jefe, cómo van los Batallones mandados por un capitán, cómo andan los caballos sin jinete, cómo quedan las tiendas desocupadas, cómo lloran los asistentes la pérdida de sus amos!...

¡Ah! ¡Si leisteis la *Farsalia*, y recordáis los horrores que la imaginación de Lucano acumuló sobre esta maldita tierra, aun no podréis figuraros la realidad del infortunio que hemos encontrado aquí los Españoles!—Y, sin embargo, nadie vacila, nadie retrocede. ¡Ninguno acusa á nadie!—Ni ¿cómo habían de hacerlo?—¡Todos han deseado, exigido, hasta suplicado tomar parte en esta cruzada patriótica; todos recuerdan la impaciencia con que hacía cargos al Gobierno por su morosidad; recuerdan el ansia ardiente con que buscaron estas playas; recuerdan la noble ira que dominaba á España cuando se despidieron de ella, y la palabra que empeñaron de rehabilitar su nombre; recuerdan, en fin, que en esta empresa va la honra de la Patria; que no hay tregua posible; que no hay transacción aceptable; que es menester triunfar á toda costa; seguir adelante á todo riesgo, y llegar al término de la vía de amargura, coronados de espinas, pero también de gloria!

Por eso callan; por eso se ocultan sus padecimientos; por eso se animan unos á otros, diciéndose:—*¡Adelante! ¡No importa! ¡Adelan-*

te, y viva España!"—Y por eso he querido yo que sea notoria toda la extensión de tan noble sacrificio. ¡Así podrá agradecerlo la madre Patria y recompensarlo con su amor! ¡Así sabrá en días de nuevos riesgos hasta qué punto puede contar con la firmeza y la intrepidez de sus soldados! ¡Así conocerá todo el Universo (que en este momento tiene las miradas fijas en las costas africanas) cuánto respeto y consideración merece un pueblo que compra á tan alto precio la reparación de sus agravios!

.....
 Pero apartemos ya la mente de estas consideraciones.—El haber presenciado algunos casos de cólera fulminante, y visto el camino de Ceuta cubierto de camillas, ha turbado hoy un poco la serenidad de mi ánimo, que ya se ha tranquilizado mucho, solamente con haber escrito la presente enumeración de nuestras penas.

Esta mañana, por ser día de Santo Tomás, oyóse Misa dando frente al *Campamento del Serrallo*, donde la decía el dignísimo vicario del Ejército D. Joaquín Ortega. Las cornetas, haciendo las veces de campanillas, nos avisaban á cada momento por dónde iba el Santo Sacramento; la Marcha Real saludó la Consagración, y algunos momentos después nos dimos los *buenos días* como cristianos y caballeros, no sin mirar antes con cierta pena hacia los montes vecinos, habitados por míseros hermanos nuestros que desconocen todas las dulzuras de la Religión del Crucificado.

En seguida unos se marcharon á la orilla del mar á mirar las olas; otros á recoger conchas en la arena de la playa; muchos se pusieron á leer en tal ó cual periódico su propia historia, maravillándose de ver en letras de molde lo que ellos habían ejecutado sin reparar en sí mismos, y no pocos sacaron á relucir pluma, papel y tintero, y

escribieron á sus familias, á sus amadas ó á sus amigos algunas de aquellas preciosas cartas, tan ansiosamente deseadas como jubilosamente recibidas, que llevan el contento y el orgullo á enamorados corazones.

En ellas, todos describen esta vida al través de la propia personalidad, que es precisamente lo que más importa al que ha de leerlas; después, el soldado se extiende á hablar de su Compañía, y quizá un poco de lo que le han parecido los Moros; el oficial va más lejos, y se identifica con su Batallón, llegando hasta describir la índole de esta Guerra y á compararla con la Civil y con los Pronunciamientos: este mismo oficial, si es hombre de pretensiones, emite su dictamen sobre la Campaña, analizándola críticamente; y de aquí para arriba, todos hablan de *propuestas* y de *ascensos*, de sus hechos particulares en tal ó cual acción, del país que han recorrido, de la época en que volverán á sus hogares, del heroísmo de las tropas, y de los más ocultos pensamientos del general O'Donnell y del Emperador de Marruecos.

Pero, real y verdaderamente, yo soy quien está pretendiendo leer en el pensamiento de los demás.—Disimuladme tan temerarias suposiciones; y dejando á un lado las cosas que me figuro, sigamos hablando de las que veo...

.....
 Hoy ha desembarcado en Ceuta D. Félix Alcalá Galiano, comandante general de la División de Caballería que formará parte del Ejército cuando marchemos hacia Tetuán.—Cerca de la mitad de los Escuadrones que han de componerla, hállase ya entre nosotros, y el resto llegará muy en breve.—Con el general Alcalá Galiano ha desembarcado todo su Cuartel General.

Entretanto, los Ingenieros han terminado un

nuevo *Reducto*, al que se ha puesto el nombre de *Piniés*, en conmemoración del jefe del Batallón *Cazadores de Madrid*, D. Antonio Piniés de la Sierra, muerto gloriosamente en el campo de batalla el día 25 del mes pasado.

Nada más por hoy. — Esta tarde ha habido *lista* en todos los Batallones; algunas bandas tocaron piezas del *Trovador* ó de *Hernani*, y la charanga de *Ciudad-Rodrigo* repitió, como tiene de costumbre, aquel gracioso tango de *El último mono*:

Aguanta cachete y calla;
Si te dan otro, será peor....

lo cual, traído á colación al día siguiente de un combate, es de un *cómico sublime*,—que dirían los franceses.

En cuanto á los trozos de ópera, siquier hayan sido todos de Verdi, ¡figuraos los dulces recuerdos que habrán despertado en los parroquianos del teatro Real!... Pero ¿qué digo? ¡En este mismo instante (las ocho y media de la noche), mientras que tantos y tantos madrileños se dirigen á aquel templo del buen gusto y del buen tono, algunos de sus amigos se dirigen aquí á la trinchera, donde pasarán el resto de la noche sin oír más música que el canto de las ranas!

Sin embargo, lo general será pedir al sueño sus alas invisibles para volar con ellas á las vecinas costas y visitar cada uno á sus personas queridas...—¡Así el caprichoso Morfeo me lleve á mí esta noche á los lugares y tiempos cuya dulce memoria ilumina, como vago crepúsculo, el enlutado horizonte de mi existencia!

XIV

El general Ros de Olano.—Vuelven los Moros.
Cambia la decoración.

22 de Diciembre, por la mañana.

El general Ros de Olano tiene el cólera desde anoche.—Una gran tienda blanca ha sido colocada sobre la suya, á fin de librar de la intemperie al ilustre enfermo, y esta veladura, que nuestro supersticioso cariño encuentra lúgubre y funeral, ha nublado completamente la alegría del Campamento.

Dejo á vuestra consideración la angustia y el sobresalto de mi alma; ¡todo el mundo sabe hasta qué extremo me es cara y preciosa la vida de ese noble amigo y constante favorecedor!—Por lo demás, cuantos militan á sus órdenes conocen igualmente los sentimientos del ilustre *amigo del soldado*, ó sea del *héroe anónimo*, según él suele llamarle; aprecian su valer como táctico, como organizador, como caudillo; estiman su elevado talento, y hacen justicia á su modesto carácter. ¡Calculad, pues, la honda impresión que habrá causado esta mañana en nuestro Campamento la noticia de que ha sido atacado del cólera!

El más doloroso espanto se refleja en todas las fisonomías. A nadie se oculta la gran desgracia que sería para este CUERPO DE EJÉRCITO la pérdida de tan distinguido jefe. Su hijo, que es también su ayudante, vela á la puerta de su tienda, donde una expresa orden de su General y padre le ha prohibido la entrada. Los amigos del laureado paciente nos miramos á la cara, como diciéndonos: “¿Permitirá Dios tamaña desventura? ¿En esto vinieron á parar nuestras

soñadas empresas? ¿Adónde iremos sin nuestro General, ni quién, que nos sea tan querido y nos estime tanto, podrá reemplazarle? ¿Y ha de eclipsarse así la estrella del que había unido su suerte á la nuestra? ¿Ha de morir aquí de mala muerte, sin llegar á ver el día del triunfo y de la gloria, cuyos albores primeros nos sonríen ya detrás de esas montañas?"

Afortunadamente, en esta como en otras horas de melancolía, el són marcial de la corneta, tocando *llamada general*, ha venido á fortificar nuestro ánimo.—El enemigo se nos echa encima, y todos sacudimos nuestra pena para empuñar las armas...—; Muerte por muerte, preferimos la que allí viene en nuestra busca! ; Salgamos á su encuentro, y sea á lo menos nuestro fin de alguna utilidad á la Patria!

El mismo día, al obscurecer.

¡ Al fin he visto á los Moros en campo abierto! — Esto me ha costado no presenciar la acción de hoy por el lado que ocupaba mi CUERPO DE EJÉRCITO; pero creo haber perdido poco desde el punto de vista artístico, pues (según me aseguran) el combate ha sido por aquí una reproducción exacta de los que ya os he reseñado.—No ha ocurrido del mismo modo en el *llano de los Castillejos*, de donde llego en este instante.

Pero alegrémonos ante todo. Nuestro General no se agrava, y presenta síntomas de reacción.—El general O'Donnell se halla ahora con él, prodigándole todo género de cuidados, después de haber hecho traerle una cama, que medió lo parece, donde el Conde de la Almina estará á lo menos entre sábanas.—; Por este detalle podréis venir en conocimiento de la verdad que había ayer en mis lamentaciones, cuando os hablaba de la rudeza de esta vida!

Conque volvamos á mi excursión de hoy.

En el comienzo es enteramente semejante á la del día 17.—Dijéronme que los Moros habían bajado á impedir los trabajos del *Camino de Tetuán*, y que el denodado general Prim se las había ya con ellos; supe luego que se había visto pasar un Escuadrón de *Húsares de la Princesa* con dirección á aquel punto, y que se esperaba cargasen á los Moros; busqué á Rombado; montamos á caballo, y las camillas de heridos y muertos nos encaminaron al lugar de la acción, donde encontramos al Conde de Reus rechazando al enemigo por un lado, mientras que nuestros Ingenieros trabajaban por otro.

Una vez allí, supimos que el *llano de los Castillejos*, distante poco más de un kilómetro, había sido invadido aquella mañana por los Marroquíes, y que la *Artillería de Montaña* y una *Compañía de presidiarios* los habían contenido durante todo el día, sin permitirles llegar al camino nuevo, que era, como siempre, su *objetivo*.

En aquel instante, hallándose la derecha de la RESERVA protegida por la División del general Quesada, y arrinconados los Moros en una estribación de Sierra-Bullones, que se llama *Monte-verde*, el general Prim juzgó oportuno tentar la paciencia y probar el valor de tan decantada Caballería árabe, que sabía se hallaba escondida por aquellos barrancos, y mandó salir al llano y avanzar hacia las posiciones del enemigo al precitado Escuadrón de *Húsares de la Princesa*.

Un movimiento de entusiasmo y curiosidad circuló por las filas al ver partir á nuestros gallardos jinetes, que iban, como quien dice, á romper el enigma del Ejército africano.

Rombado, el capitán Hermoso y yo, que estábamos allí como meros aficionados (pues no pertenecíamos á aquel Cuerpo de Ejército), aprovechamos la libertad que esta circunstancia nos

proporcionaba, y pusimos nuestros caballos al galope hasta ingresar en el *Escuadrón de Húsares*, los cuales nos hicieron lado con mucho gusto: y así descendimos á la llanura, en medio de la cual nos paramos todos.

El llano ó valle de los *Castillejos* es mucho más ancho que el de *Tarajar*, donde se levanta nuestro Campo. Desde la playa penetra tierra adentro, estrechando siempre, hasta reducirse á una especie de cañada que da un rodeo y va á perderse en *Sierra-Bullones*. Este triángulo de llanuras, verde y risueño á sumo grado, está guarnecido de altas arboledas, que suben luego, escalonándose, á los montes vecinos.—Dos únicos accidentes ofrece la soledad de este valle: las ruinas de una antigua casa fortificada, que se llama del *Primer Castillejo*, y un *Morabito*, también ruinoso, que debió ser parecido á la *Mezquita* que vi cerca de *Ceuta*.—Este *Morabito* se levanta sobre una ligera colina, y ha sido tomado y abandonado varias veces por el Conde de Reus, según que le ha sido ó no necesario estos últimos días para defender la construcción del *Camino de Tetuán*.

Al llegar los *Húsares* á aquel campo abierto, no se percibía por ninguna parte ni un solo *Marroquí*. En la altura del mencionado *Morabito* hallábase situada todavía la *Compañía de presidiarios*, mandada por un teniente del Regimiento de Borbón, que por cierto dió muestras de ser hombre arrojado y de gran serenidad.—Hacia, en fin, un día magnífico, y el cielo y el Mediterráneo competían en radiante esplendor. ¡Aquel desafío reunía todos los caracteres de una fiesta!

De pronto, y como obedeciendo á misteriosa consigna, desprendióse de las arboledas de lo alto del valle un vistoso pelotón de caballeros *Moros*, que avanzaron hacia nosotros abriéndose

en anchuroso semicírculo... — ¡No pasarían de cien jinetes, y llenaban materialmente la llanura!

Yo no he visto jamás figuras tan airoas, tan elegantes, tan gallardas. Sus caballos caracoleaban, se arremolinaban y se dispersaban de nuevo, midiendo grandes extensiones de tierra en un instante, con lo cual aquellos caballeros, cubiertos de blancos albornoces, iban y venían sobre la verde hierba como bandada de gaviotas sobre las azules olas del mar... ¡Era un cuadro maravilloso! ¡Era el espectáculo soñado por todos los que han divertido su fantasía con héroes orientales! Yo creo firmemente que hubiera dejado llegar hasta mí aquella graciosa y extraña aparición, sin acordarme de que venía contra nosotros en són de guerra, ó no sacarme de mi arrobamiento la voz con que el comandante de nuestros *Húsares* mandaba avanzar á la primera Sección.

Adelantóse ésta en formación apretada y correcta, contrastando su ordenada marcha con el desorden de la línea enemiga, que seguía aproximándose á la desbandada, como si se propusiese envolvernos.—Llegamos al fin á estar á distancia (y digo *llegamos*, porque Hermoso, Rombado y yo nos agregamos á la Sección que avanzaba); pero cuando creíamos que los *Moros* harían uso de sus largas espingardas y nosotros nos disponíamos á cargarles espada en mano, vímosles de pronto volver sus dóciles corceles con un ligero movimiento de rodillas, cual si las abandonadas riendas sólo fuesen inútil adorno, y escapar arremolinadamente hacia la cañada en que termina la llanura.

Allí se pararon; y, viendo que no les seguía nadie (pues nuestro comandante no tenía orden de dar la carga, sino de *amagarla* solamente), volvieron sobre sus pasos y se colocaron otra

vez en semicírculo, como á trescientos pasos de nuestra línea.

Nosotros comprendíamos perfectamente la estratagema de los Moros (que consistía en atraernos hacia los bosques y cañadas, donde indudablemente tendrían apostada Infantería, para hacernos fusilar allí por adversarios invisibles); sin embargo, su provocación era tan irritante, y la bandera amarilla que tremolaban ante nuestros ojos fascinaba de tal manera á nuestro jefe, que decidió dar la carga á todo riesgo, y por segunda vez mandó avanzar al trote á los briosos *Húsares*...

Pero los Moros huyeron nuevamente, como sombras que se disipan, y al mismo tiempo un Ayudante del general Prim nos transmitió la orden de retirada.

Esta disposición no pudo ser más oportuna: la Infantería enemiga (que, en efecto, había estado hasta entonces oculta en la maleza, dispuesta á disparar á mansalva sobre nuestro Escuadrón, caso de que hubiera tenido la temeridad de seguir en su fuga á los jinetes árabes), aparecía ya por nuestros dos flancos, dando furiosos alaridos y cruzando sus fuegos sobre nuestras cabezas (1).

Los *Húsares* se retiraron con el mayor orden, protegidos solamente por la *Compañía de presidiarios*, la cual tuvo á raya durante un cuarto de hora á la Caballería enemiga, que avanzaba por tercera vez hacia el mar.—El corneta de los animosos penados cayó herido, y éstos, después de derribar á tres ó cuatro caballeros Moros, se replegaron finalmente hacia las posiciones ocu-

(1) Como se verá después, los Marroquíes lograron reallazar su alevoso intento, en aquel mismo paraje y valiéndose de igual astucia, el día de la célebre *Batalla de los Castillejos*, siendo precisamente víctima del engaño el propio Escuadrón de *Húsares de la Princesa*.—(Nota de la SEGUNDA EDICIÓN.)

padas por el general Prim.—Yo tomé camino de mi campamento.

Aquí he sabido que el Batallón *Cazadores de Llerena* ha dado esta tarde una carga á la bayoneta, sangrienta para nosotros, y mucho más para el enemigo, al cual arrojó por fin de una posición muy importante que había ocupado todo el día. También se elogia mucho el comportamiento de una Compañía de *Almansa*.

Sin embargo, ¡quiera Dios que pronto pueda nuestro Ejército abandonar las montañas y salir á terreno franco; pues mientras permanezca en esta Sierra, poblada de forajidos en acecho, nuestras pérdidas serán tanto mayores cuanto mayor sea el valor con que penetremos en desconocidos bosques y barrancos, donde nos aguarda un enemigo oculto, cuyo número y situación se ignoran casi siempre!

¡Por lo demás, ya he tenido el gusto de ver una muestra de la famosa Caballería árabe!—Si el resto se le parece, fuerza será decir que los jinetes marroquíes son más peligrosos como traidores que temibles como soldados.

XV

Vísperas solemnes.

23 de Diciembre.

El general Ros sigue en cama, aunque muy aliviado de su ataque de cólera.

En cambio, los generales Prim y García se hallan también enfermos.

Indudablemente, las fatigas y méritos de esta Guerra no están allá arriba, en la línea de fuego de los combates, sino aquí abajo, en la vida del Campamento.—¡Cómo ha de ser!... "*Estaría escrito*", que dirían nuestros contrarios.

Esta tarde ha desembarcado en *Ceuta* mucha Artillería y Caballería. — Los Escuadrones de este Arma, llegados ayer y hoy, son *Coraceros del Rey*, *Lanceros de Farnesio* y *Coraceros de la Reina*, del *Príncipe* y de *Borbón*. — El día del avance hacia Tetuán debe de estar próximo... Prim acabará el camino para fin de año.

Nada nuevo ha ocurrido en nuestro campo. — Hemos mandado á *Ceuta* un centenar de coléricos, y los Moros no han parecido. — Las horas, pues, se han deslizado lentas y monótonas.

Además, hoy es víspera de Nochebuena, y así como en esa corte se dejará ya sentir á esta hora cierta animación y cierto bullicio, que harán presentir á los corazones y á los estómagos las clásicas alegrías que les aguardan, aquí se va levantando yo no sé qué marejada de tristeza, no sé qué nube de melancolía, no sé qué aire de mal ahogados suspiros, que hace adivinar á los más lerdos el día de pena que nos prepara el Almanaque.

XVI

La Nochebuena del soldado.

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

Son las nueve de la noche del 24 de Diciembre del año 1859 del Nacimiento de Jesucristo, y en el Campamento del Ejército cristiano que invadió el Africa hace veinticinco días no ha resonado aún el toque de retreta. — En vez de este marcial trompeteo, que los Moros están ya acostumbrados á oír todas las noches al punto

de las ocho, los ecos de las montañas llevan hoy á sus escondidas tiendas un confuso rumor de risas y cantares, unido á los lamentos melancólicos de una flauta y al bullicioso repiqueteo de muchas panderetas.

Los sectarios de Mahoma míranse acaso á la luz de sus hogueras, llenos de curiosidad y de miedo, como preguntándose qué ocurre en el Campamento de los Cristianos, que así entregan á las húmedas brisas de la noche los acentos de sus alegrías; y no será mucho que recelen si nuestro júbilo les presagiará nuevos daños, ya porque anuncie que hemos recibido algún poderoso refuerzo ó destructora máquina, ya porque signifique que festejamos de antemano el total hundimiento de la morisma.

¿Quién sabe? ¿Quién puede imaginar todo lo que la ignorancia y la superstición de los atribulados Moros habrán creído oír en la lejana gritería que llega á turbar su sueño? — Quizá en este momento se asoman á las cumbres de los montes que nos separan de ellos, y fijan su ávida mirada en nuestro Campo, que percibirán aislado en la obscuridad y en la niebla, tachonado todo él de rojizas lumbres, entre cuyos inmensos resplandores verán á veces fantásticas figuras, mientras que el múltiple cántico de tan misterioso regocijo se dilata cada vez más sonoro por las cañadas ocultas en la sombra.

Entonces algún Santón, morador de esta comarca, vecina á la católica *Ceuta*, les contará con agorero acento, cómo esta noche celebramos los hijos de María el Nacimiento de nuestro *Profeta*; cómo tal algazara recuerda una fiesta tradicional en que la abundancia y el contento bajan en toda la Cristiandad á la mesa del Monarca y del mendigo; cómo los cristianos tenemos también nuestra Pascua; cómo, por último, es llegada para los amigos del Corán la mejor